

EL CLARINETISTA DE VARSOVIA

CUENTO

JOSÉ MÉNDEZ

José Méndez (La Rubiera, Asturias, 1952) publicó su primer libro *El oficio de la necesidad* (Edascal) en 1980, primer Premio Poesía Ciudad de Alcalá de Henares del mismo año. Posteriormente han aparecido títulos como *Nortumbria* (1982) (Colección Albatros), *En esta playa* (1985) (Ediciones El Observatorio, Madrid) y *Esquirla* (Huerga & Fierro) en 1996. En 1997 seleccionó y prologó *Las mujeres de Juanito Marés* (Espasa Calpe), antología del novelista catalán Juan Marsé. *Como dios en la nada* una selección y presentación de la obra de la poeta peruana Blanca Varela se editó (Visor) en 1999. *Ahora que siempre es después*, aparecerá próximamente (Ed. Calima) en un volumen titulado *La Mirada*, que reúne su obra poética. Es director de Comunicación de la Residencia de Estudiantes y codirector de la revista de creación *Cuadernos de la Huerta de San Vicente*.

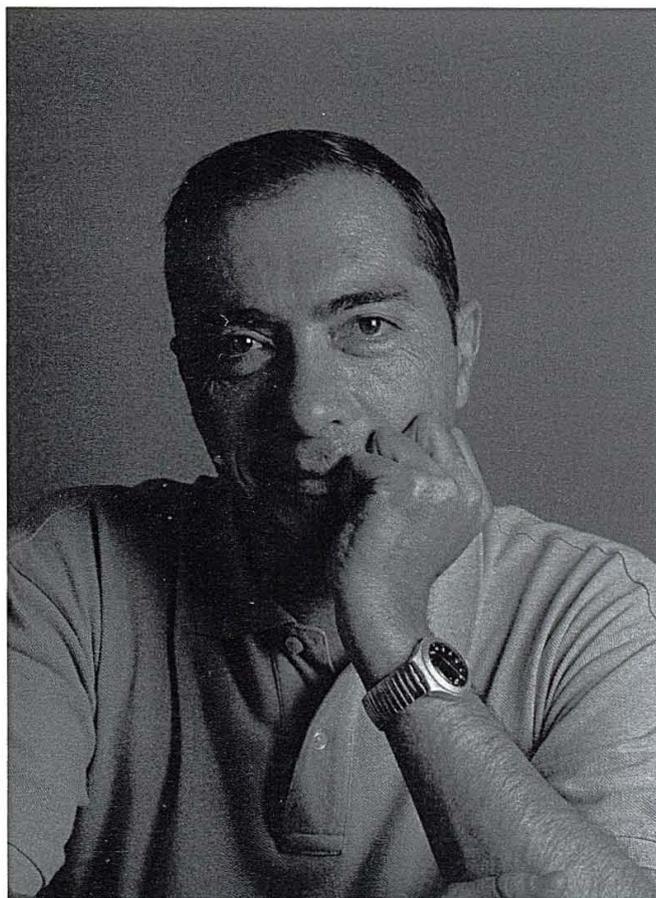


Foto: © Ana Busto





TENERLO CLARO

JOSÉ MÉNDEZ

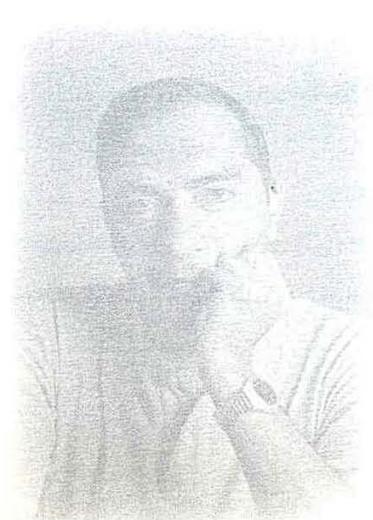
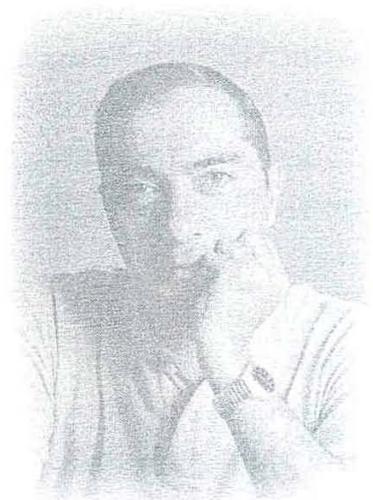
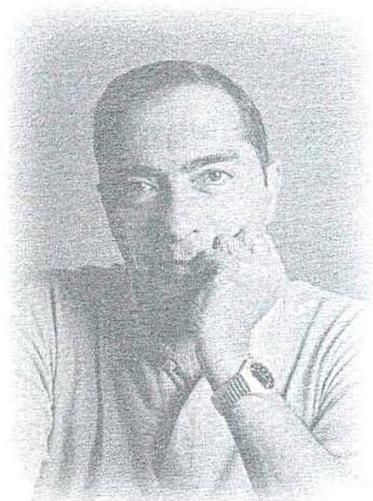
Aunque parezca mentira existen personas que tienen las ideas claras. Quiero decir, no las grandes ideas sobre lo que somos, de dónde venimos y adónde vamos, que esto no le preocupa conscientemente ya a casi nadie, sino sobre lo que acontece a nuestro alrededor, sobre lo que pasa irremediamente en las esferas del poder político, económico, cultural, futbolístico o taurino. Incluso existen personas que tienen las ideas claras sobre asuntos tan abstrusos como el IPC, la inflación, o la fecundación *in vitro*. Seguro que usted mismo conoce alguna. Me parecen seres admirables, sospechosamente admirables es cierto, pero admirables. Por ejemplo ese amigo que nos dice: “está claro que el acoso y derribo de X, es una conspiración”. O aquel otro que tajante, pero en un tono de voz casi melifluo, afirma: “la corrupción alcanza a las más altas instancias del Estado, hay pruebas, por eso se tiene que producir un pacto, no llegará la sangre al río”.

Después de tales afirmaciones suelen mirarte con cara de querer decir: ¿alguna duda o pedimos otra copa? A lo que nunca he sabido contestar otra cosa que no fuera un: “no sé, chico”.

Reconozco que me preocupa mi incapacidad para sacar consecuencias de la información que me sirven los telediarios, los periódicos, la radio y lo que es peor, la vida. Es decir, soy un ser manipulable, contradictorio y más bien irresoluto. Y por otra parte, un irreprochable consumidor de “información”. ¿Por qué entonces mis neuronas no dan para tener una sola idea clara? ¿Por qué he de refugiarme en la metáfora para intentar decir lo más exactamente posible lo que quiero decir?

Dándole vueltas al asunto he llegado a la conclusión, por una vez, de que no soy un ser extraño, al menos, no del todo. Es más, creo que soy un probo ciudadano listo para ser sofrido en la parrilla de la





democracia mediática. La claridad no vino del cielo, como le hubiera gustado al gran Claudio Rodríguez, sino (no podía ser de otro modo) de la televisión. El espectáculo revelador tuvo dos tiempos. Uno: Bill Clinton se mea de risa junto a Boris Yelsint. Dos: Bill Clinton gimotea al comentar la noticia del asesinato de Isaac Rabin. No sé si usted se enteró qué fue lo que hizo reír a Clinton. Yo no. Nadie tradujo el chiste, luego lo importante era la risa. Todos sabemos el origen del llanto, sin embargo, lo importante fue sólo el llanto como se encargó de reiterar la televisión durante días. Así fue como descubrí no una idea clara, cuestión a la que públicamente renuncio, pero sí el inexorable orden de prelación y por tanto de significado de las noticias: lo primero es el protagonista, lo segundo el aspecto más teatral del protagonista, lo tercero la lectura políticamente correcta de dicho aspecto, lo cuarto la debida administración de dicha lectura en el tiempo, y lo quinto su paso al olvido.

Por esta vía entendí también que la literatura me acompañará hasta la tumba (Dios quiera que dentro de muchos años), por la sencilla razón de que no es una muletilla, sino mi risa y mi llanto. No hay en todo esto, ya lo dije, una sola idea clara, pero lo peor es que tampoco hay ningún consuelo. Sí un refugio.



EL CLARINETISTA DE VARSOVIA

JOSÉ MÉNDEZ

CUENTO



El color rosáceo se filtra entre diminutos dibujos azules que a su vez son enmarcados en un muy puro blanco que se extiende como jirón hasta la próxima ventana azul y sus recónditos fuegos. El escaparate del cielo hacia el Este fascina como puede hacerlo una pintura. Tomás camina sin propósito en el casi mediodía sobre los restos de la escarcha acompañado de una soportable sensación de frío en las rodillas y la luz horizontal, más tibia, sobre el rostro. Ha salido de casa atiborrado de café y con la cabeza tambaleante por los recuerdos.

La helada que cayó en la madrugada se resiste a dejar de ser el manto de cristal que cubrió estas extensiones durante la noche y bajo el que pugna por crecer el trigo y que se adorna con rosetas de cardo, correyuelas, anises agostados por el invierno y la resistente hierba loca entre la que se protegen los gorriones. Abandonó el pueblo en dirección al río con el único destino de aliviar la sensación de estupor que impregna su cuerpo.

Sabe que tiene tomada una decisión, abandonarlo todo, pero le perturba sentir que él es el abandonado. Él quien es apartado por lo real como se quedan los espectros y los monstruos, ahora inservibles en el guión de una película, hasta que vuelvan a ser estrictamente necesarios.

Lejos de mirar hacia el pasado, ni siquiera el pasado reciente, camina con la mente y corazón puestos en el futuro, un territorio devastado, solitario, en el que nada toma forma. Cuando llega a la orilla del río, un olor nauseabundo de aguas estancadas y detritus parece haber estado, desde siempre, esperándole.

En total soledad aquella extensión ofrece a sus ojos un resumen de sí mismo. Un retrato. El barbecho ultrajado por las potentes palas que escarban en busca de arena y dejan las heridas abiertas, los grandes ho-



yos inútiles que acaban almacenando trastos inservibles, restos de una lavadora, de una cocina, el esqueleto metálico de un sofá, emergen entre los sucios hielos de la charca. Una hilera de álamos negros marca la orilla hasta perderse de vista, espectral, con sus ramas candelabros sin luz, sin hojas, dibujando una oración contra el cielo.

Los cantos rodados, esmeriladas bolas de pedernal, los mismos que encuentra en su jardín nada más arañar la tierra forman caprichosos dibujos, serpenteantes guirnaldas, rosarios del azar en los que él siempre es la cruz. Con ellos llegó el recuerdo de su fugaz visita al Centro de Arte Reina Sofía, en la primera mañana de su recién estrenada libertad, allí delimitadas por los muros anti-pestes del vetusto hospital, contempló las *instalaciones* de John Graham. Eran hileras de piedras, lajas en círculos concéntricos, y en la otra sala, una piedra en cada esquina, y en el centro, como muda de serpiente, una soga de pita, caída al azar al transportar, quizás, un cuadro a otras salas. Estuvo a punto de pisarla cuando se dio cuenta de que estaba pegada al suelo, firmemente (no pudo evitar rozarla con el zapato), por tanto, nada de azar en aquella soga que aparentaba desgaire y soledad.

Al salir, supo por el catálogo que John Graham había sido cartero en Utah hasta que un ojeador de la Malbourgh, llegara desde Nueva York para admirar sus *instalaciones* con huesos de pollo y liberarlo de la precariedad provinciana. Fue en su residencia de Sonora donde cambió huesos por piedras y se convirtió en símbolo de la modernidad artística. Símbolo que creció desmesuradamente al encontrar la muerte cuando pretendía atravesar con una de sus *instalaciones* el famoso desierto del estado. Naturalmente, finalizaba la nota biográfica, el Centro de Arte Reina Sofía, no podía dejar de acercarse a una de las cumbres del Arte Contemporáneo, exhibirla en Madrid, en el eje artístico que conforma con El Prado y el Museo Thyssen Bornemisza.

Graham había comenzado su aventura artística en el Kentucky Friend's Chicken de la calle Lincoln en Utah. Allí mientras paladeaba su almuerzo se esforzaba en reconstruir la osamenta de la parte consumida, hasta el mínimo detalle. Ello le confería, además de las miradas de sus eventuales compañeros de mesa, una forma especial de comer pollo por succión, atento a que ni la más mínima brizna de cartílago sufriese daño. El estilo Graham (como succionador de pollo) se hizo popular y fue objeto de varios reportajes para la televisión. Con el tiempo, esto fue grabado por la UNT (Utah News Television), tuvo dos ayudantes (previamente aleccionados en el método de succión)



con el fin de lograr, en una sola sesión, reconstruir un pollo entero. Graham se reservó, naturalmente, las partes más delicadas, a su entender las alas.

El éxito corrompe y lo que empezó siendo una pacífica neurosis de almuerzo se transformó en una patología neurótica delirante, según Charles Schwartz, su psiquiatra. Poco después de perder su empleo de cartero, John Graham fue internado en el Utah Psiquiatric Hospital, al ser hallado culpable de la desaparición de dos avestruces y un rarísimo pollo del Congo (hoy Zaire) del zoológico municipal. Así pasó de su apartamento de la zona pobre de la ciudad, al pulcro pabellón del UPH, y dentro de él a la celda número cinco. Charles Schwartz, con buen criterio, le adjudicó una dieta a base de pollo, aceitunas y albaricoques, amén de pescado, con lo cual, además de atender a sus necesidades alimenticias, lo proveía de huesos suficientes. En su probidad Schwartz ordenó que sólo se realizara la limpieza de la celda número cinco una vez al mes, tiempo que juzgaba suficiente para que John Graham diera satisfacción a sus reconstrucciones. Y no sin dificultades burocráticas y con el Departamento de Higiene, así se hizo.

Entretanto John Graham era un ejemplo para todos los enfermos del hospital. Pacífico, ordenado, atento incluso, sólo tenía la manía sobrevenida entonces, de meter pequeños trozos de papel higiénico bajo las puertas de las otras celdas, al tiempo que gritaba: ¡telegrama del Fisco! Sonreía como un niño sorprendido meando sobre la muñeca de su hermana y continuaba la ronda.

La sorpresa vino cuando John Graham dejó de reconstruir pollos, de hacer collares con los huesos de aceituna y de despreciar las gónadas de albaricoque, por bastardas, según dijo. Durante una semana su celda aparecía impoluta, sin los pollos a medio reconstruir que habitualmente la invadían. El asunto intrigó tanto, naturalmente, a Charles Schwartz, que al lunes siguiente (cosa que se tenía prohibida) entró a la celda de Graham. Éste le recibió sentado en el centro de la pieza, en el suelo, y con su mejor sonrisa meona sobre el rostro.

—John, ¿qué has hecho con los huesos? ¿Dónde están tus trabajos? —preguntó Schwartz, directamente.

Graham continuó sonriendo y no dijo nada. Ante la perplejidad de Charles se fue incorporando lentamente, con los brazos



extendidos y las manos abiertas, como si palpara el aire.

—¿Ves? —dijo al fin, después de dar dos vueltas sobre sí mismo.

—¿Qué tengo que ver, John?

—La unidad, Charles. ¡La unidad! —contestó Graham con los ojos abiertos como platos y proyectados a sus manos.

—La unidad —continuó— no está en la forma. ¡Está en el espacio!

Sus ojos refulgían, y sin embargo, transportaban toda la paz que podía caber entre aquellas cuatro paredes. Continuó su parlamento ante Charles cuando este ya no daba crédito a sus ideas, envarado, incapaz de articular palabra.

—¿Qué es un pollo, Charles? Digo un pollo vivo cuando está correteando por el corral. Nada, una ínfima manifestación de la vida —se contestó—. ¿Y el esqueleto de un pollo, por muy hábilmente reconstruido que esté? Menos que nada: el esqueleto de una ínfima manifestación...de la muerte. (Aquí, en el final de la frase, alargó las sílabas en tono de intimidad desveladora de arcanos).

La perplejidad de Schwartz no arredró a Graham quien de improviso, como el que acude en busca de pruebas concluyentes, corrió hacia la esquina, tomó con las dos manos la papelera metálica, y alzándola por encima de su cabeza dejó caer en el suelo, justo a los pies de Schwartz, su colecta de toda la semana: un montón de huesos.

—¿Qué harás con todo esto? —preguntó Schwartz con mal disimulada expresión de repugnancia.

—Buscar su unidad, Charles, su unidad espacial. El pollo ha muerto, Charles, ahora se trata de encontrar su existencia en otro plano. No se trata de un pollo, Charles. Sino del Pollo, ¿me entiendes?

—No estoy seguro, John. No estoy seguro. En todo caso, ¿cuánto tiempo te llevará ésta obra? —al decir esto Charles Schwartz tenía ya medio cuerpo fuera de la celda número cinco.

—Toda la vida —contestó Graham flexionando sus hombros adelante y con las palmas de sus manos abiertas a la altura de los muslos. No comprendía la estupidez de la pregunta.

A Tomás le entretuvo imaginar y contarse los comienzos de John Graham, en la clave sardónica que, como única, cabía en-



tonces en su cerebro. Seguía andando sin rumbo, orientado por la veleta de la Iglesia de Fuente el Santo, que sobresalía lejana sobre la línea del horizonte.

Sus pasos ya fuera de los muros del Reina Sofía y fuera de los muros sardónicos de su imaginación, le conducen a la orilla del río. El Jarama discurre mohíno y sucio aunque en su seno transporta las aguas de los primeros y tímidos deshielos que ocurren allá arriba en las frías serranías de Tamajón y Majaelrrayo. Ante él, en la otra orilla descubre un rebaño de ovejas paciando las hirsutas hierbas de marzo. El pastor al que tardó en ver está sentado en un círculo de sol alejado de los animales dando cuenta sin demasiado entusiasmo de un bocadillo, para lo que alternativamente retira de su cara el embozo del pasamontañas. Viste una cazadora negra de relucientes cremalleras, pantalón vaquero, guantes, y unos enormes zapatones deportivos. A Tomás, aquella figura le parece más propia de un terrorista de serie B que de un pastor. Pero quizá por ello —y también por la soledad que cubre el paisaje entre lunar y devastado—, siente curiosidad. Cruza en difícil equilibrio sobre una hilera de piedras, sin pensarlo, llevado por las ganas de hablar, de descubrir un sentido, aunque sea momentáneo, a su paseo.

—Buenos días—. El saludo fue respondido por los ladridos hirientes de tres miserables perrillos hijos de veinte padres, que le rodearon entre amenazantes y ridículos.

—¡Aquí!—. El pastor gritó al tiempo que daba una sonora palmada. Los perrillos retrocedieron hacia él como arrastrados por el cuello, ramoneando, y lanzando furtivas miradas a los tobillos del intruso.

—Buenos días —respondió al fin el pastor.

—Y frescos ¿eh? —lanzó Tomás, como anzuelo que quiere pescar conversación.

—Van mejorando, pero si uno está quieto hay que taparse.

—No hay mucho pasto por aquí.

—Tienen todo el día para buscarlo.

El pastor como si quisiera dar por zanjada la conversación se puso en pie. Pero para sorpresa de Tomás retiró de su cara el pasamontañas, dejándolo como un gorro sobre la cabeza, y sonrió. A él también le había picado la curiosidad.

—¿Qué, se ha perdido?



—No, la verdad es que no conozco nada de por aquí, pero no estoy perdido. Llevo sólo dos semanas en el pueblo.

—Así que otro madrileño que busca la paz del campo, ¿no?

—Más o menos, ¿quiere fumar?

—No, muchas gracias.

El contacto ha sido bueno, y aunque algo en el arrastre de las sílabas y en el rostro extrañamente blanco y sonrosado del pastor le resulta raro, Tomás se sienta y enciende parsimonioso un cigarrillo.

—¿Es usted de Fuente el Santo?

La pregunta fue excesivamente ingenua. El pastor sonrió como para su cazadora de aviador y contestó, otra vez, a la pregunta.

—Yo, era polaco.

—¿Era?

—Llevo quince años en España, creo que ya no soy polaco. Soy más que otra cosa un pastor. Tampoco soy español, claro. Soy un pastor, un jardinero, un pequeño hombre de negocios. Ahora estoy bien, gano pasta, este oficio da pasta, ¿sabía?

—No tenía ni idea. Siempre he pensado que era un buen oficio, pero jamás que diera dinero.

—Es que nadie quiere hacerlo, sólo nosotros, alguno de nosotros, y los moros.

—¿Los marroquíes?

—Sí, los otros dos pastores del pueblo son moros. Mohamed y Abdullab. Les llaman los rifeños, son hermanos. Para ellos es normal, siempre fueron pastores.

Como si quisiera alejar de sí un mal pensamiento el polaco tira los restos de su bocadillo contra un matorral. Los perrillos se lanzan detrás de él enrabiados.

—Yo soy músico —afirma acto seguido como si la palabra músico fuera a parar al mismo lugar que el bocadillo.

Tomás contemplaba las ovejas que atraídas por la rareza de una conversación les miraban como un coro de ángeles estúpidos, cuando sobre él cayó la palabra músico.

—¿Músico?

—Sí, clarinetista. Conservatorio de Varsovia. Un hijo predilecto de la educación socialista. ¿Qué le parece para pastor de Fuente el Santo?



—Hoy eso pasa. ¿No ha intentado tocar aquí en alguna orquesta?

—A los emigrantes se nos aguanta mejor si no se nos nota. Además, he dicho músico, no buen músico.

Las ovejas quizás no miraban atraídas por la conversación sino para indicarle al pastor que allí, aunque diera el sol y el aire fuera más tibio, ya no había nada que pacer.

—Bueno amigo, tengo que moverlas al alto. Esto es de mucho andar.

—Nos veremos por el pueblo. Adiós

—¡Ah!, si quiere escuchar mi clarinete esta noche hay una reunión de terceros en el corral de los rifeños. A usted como es casi extranjero, le puedo invitar.

—¿Qué son los terceros?

—Lo decimos de guasa, por lo de Tercer Mundo. Ya sabe.

—Entonces me puedo apuntar.

—Es al final de la calle Fuentes, el portalón que está enfrente del lavadero. Sobre las once.

Al alejarse entre perros y ovejas loma arriba Tomás pudo ver que de su espalda junto a una mochila negra, de colegial, colgaba el saco alargado y estrecho del clarinete sujeto con una cinta roja a la hombrera de cuero. Siguió fumando, sentado donde se encontraron, viendo alejarse al pastor, al músico, al tercero que llevaba a su espalda un clarinete. La sogá de John Graham, pensó, la misma soledad.

